

# LA SEMANA CATÓLICA

DE

## SALAMANCA

PUBLICADA BAJO LA PROTECCIÓN DEL PRELADO DIOCESANO

---

---

CARTA DE LA SANTIDAD DE NUESTRO SEÑOR

### LEON

*POR LA DIVINA PROVIDENCIA*

## P A P A X I I I

Á los Arzobispos y Obispos de España, Italia  
y ambas Américas

### S O B R E C R I S T O B A L C O L Ó N

Á NUESTROS VENERABLES HERMANOS LOS ARZOBISPOS Y OBISPOS  
DE ESPAÑA, ITALIA Y AMBAS AMÉRICAS

## LEON PÁPA XIII

VENERABLES HERMANOS, SALUD Y APOSTÓLICA BENDICIÓN:

**A**L terminarse el cuarto siglo de los transcurridos desde que un hombre nacido en la Liguria abordó el primero, bajo los auspicios de Dios, las desconocidas playas trasatlánticas, apréstanse las gentes á celebrar la memoria de tan fausto acontecimiento y á enaltecer á su autor. Y ciertamente que no es fácil encon-



trar causa más digna de exaltar la admiración en las inteligencias y despertar el entusiasmo en los corazones. Porque hecho de por sí más grande y maravilloso entre los hechos humanos, no lo vió edad ninguna; y con quien lo llevó á cabo, en grandeza de alma y de ingenio, pocos entre los nacidos pueden compararse.

Por obra suya, del seno del inexplorado Oceano surgió un Nuevo Mundo; inmensa multitud de criaturas volvieron desde las tinieblas y el olvido en que yacían á formar parte de la sociedad humana, trocando la ferocidad del salvaje por la suavidad de costumbres y la civilización, y logrando, beneficio incomparablemente mayor, pasar, por medio de la comunicación de aquellos bienes sobrenaturales que Jesucristo dejó establecidos, desde los caminos de la perdición á las esperanzas de la vida eterna. Europa, entonces atónita ante la novedad y maravilla de aquel acontecimiento inesperado, llegó sólo á conocer lo que debía á su autor cuando, colonizadas las Américas, establecidas incesantes comunicaciones, relaciones recíprocas y mutuos cambios marítimos, el conocimiento de las ciencias de la naturaleza y la común riqueza y abundancia adquirieron un increíble aumento, creciendo poderosamente á la par la autoridad y el prestigio del nombre europeo.

No podía, por lo tanto, en esta múltiple diversidad de honrosas manifestaciones y en este grato concierto de voluntades, permanecer silenciosa sólo la Iglesia, que, por costumbre y por ley, aprueba siempre de buen grado todo lo que es honesto y laudable, y se esfuerza en protegerlo y fomentarlo. Reserva ésta, en verdad, los supremos honores á aquel orden de virtudes morales heroicas que se refieren directamente á la salvación eterna de las almas, pero no por eso desdeña ni tiene en poco las que son de otro orden; antes bien, acostumbró y se mostró siempre



dispuesta á favorecer y á honrar á los hombres que han merecido bien de la sociedad civil y han legado á la posteridad un nombre glorioso. Cierta que *Dios es admirable*, principalmente en sus *Santos*; pero las huellas de la virtud divina aparecen también impresas en aquellos en quienes resplandece la luz del genio y el vigor y la elevación del alma, porque estas dotes extraordinarias sólo proceden de Dios, primer autor y creador de todas las cosas.

Pero hay además otra razón, y razón especial y principalísima, para que celebremos y con acción de gracias recordemos la inmortal empresa. Y es que Colón es de los nuestros, y que por poco que nos fijemos en la causa que principalmente le movió á explorar el *mar tenebroso*, y en el motivo que le indujo á llevar hasta el fin su empeño, vemos de una manera indudable que este móvil principal fué la fe católica, siendo éste, por lo tanto, un nuevo y no pequeño título de la Iglesia á la gratitud del género humano.

Ciertamente que antes y después de Cristóbal Colón se cuentan no pocos esforzados y experimentados varones que exploraron con ahinco desconocidas tierras y aún más desconocidos mares; y es justicia que la humanidad, reconocida á sus beneficios, proclame siempre sus nombres, porque ellos extendieron los confines de la ciencia y de la civilización y acrecentaron el público bienestar, no á poca costa, sino al precio de muchas fatigas, y muchas veces de graves peligros.

Hay, sin embargo, entre ellos y el varón de que tratamos, gran diferencia. Lo que principalmente distingue á Colón es que, al ir y al volver á través de los inmensos espacios del Oceano, llevaba miras más altas que llevaron nunca los demás. No que dejara de moverle el ansia noble de saber y merecer bien de la sociedad humana, ni



que despreciase la gloria, cuyos ardorosos estímulos suelen principalmente avivarse en las almas más grandes, ni que renunciase á toda esperanza ó deseo de obtener para sí ventajas materiales, sino porque sobre todos estos móviles humanos prevaleció en él el sentimiento de la Religión de sus mayores, que fué la que sin duda alguna le dió inspiración y aliento para llevar á cabo su empresa, y le sostuvo y confortó en las grandes dificultades y peligros de que se vió rodeado. Porque consta que el principal pensamiento y el principal propósito que estaba arraigado en su alma era este: abrir camino al Evangelio por nuevas tierras y por nuevos mares.

Lo cual puede parecer poco verosímil á aquellos que, encogiendo su espíritu y encerrándolo en los límites del orden sensible, no quieren elevar la vista á miras más altas. Pero, por el contrario, las grandes almas se remontan cada vez más y más sobre las cosas, porque son las más dispuestas á las santas inspiraciones y entusiasmos de la fe divina. Colón había unido el estudio de la naturaleza con el estudio de la Religión, y su mente y su corazón se habían formado á la luz y al calor de las creencias católicas. Por lo que, convencido por argumentos astronómicos y por antiguas tradiciones de que en el Occidente, más allá de los límites del mundo conocido, existían grandes regiones por nadie hasta entonces exploradas, su ánimo veía á la vez una gran multitud de seres sumidos en pavorosas tinieblas y entregados á los ritos y supersticiones idolátricas. Miseria grande á sus ojos vivir como feroces salvajes; pero miseria mayor aún la de ignorancia del verdadero Dios. Fijos en su alma estos sentimientos, el principal propósito de Colón fué siempre, así lo demuestra superabundantemente la historia de estos hechos, el exten-



der por Occidente el nombre de Cristo y los beneficios de la caridad cristiana.

Así, al dirigirse por primera vez á los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, para que no desmayasen ante la magnitud de la empresa, les expuso abiertamente *cuan imperecedera sería su gloria llevando el nombre y la doctrina de Jesucristo á tan remotas regiones*. No mucho tiempo después, logrado su propósito, escribe que *pide á Dios que los Reyes, ayudados por la Gracia Divina, perseveren en llevar á nuevos mares y playas la luz del Evangelio*. En las cartas que dirige al Pontífice Alejandro VI instándole á que envíe Misioneros á América, le dice: *Confío con la ayuda de Dios, en poder ya propagar ampliamente el sagrado Nombre y el Evangelio de Jesucristo*. Y parécenos que debía sentirse arrebatado del gozo cuando, al volver de su primer viaje, escribía desde Lisboa á Rafael Sánchez: *Demos gracias inmortales á Dios, que nos otorgó benigno tan próspero suceso: gócese y triunfe Jesucristo en la tierra y en el cielo, pues está ya tan próxima la salvación de innumerables gentes que hasta ahora vivían en la perdición*. Que si pide á Isabel y á Fernando permitan sólo á los cristianos católicos navegar en el Nuevo Mundo y establecer allí comercio con los indígenas, da por razón de súplica *que el principio y fin de su empresa fué siempre sólo el incremento y el honor de la Religión cristiana*.

Y así lo comprendió plenamente Isabel, que leía mejor que nadie en la mente del preclaro varón, como es también de toda evidencia que este fué el decidido propósito de aquella piadosísima, varonil y excelsa mujer. De Colón aseguraba la reina *afrontaría valerosamente el vasto Oceano á fin de llevar á cabo una empresa de gran importancia para la gloria de Dios*; y el mismo Colón, de vuelta de su segundo viaje, le escribía *que no se podía haber dado mejor em-*



*pleo á los gastos que se habían hecho y á los que estaba pronta á hacer para la expedición de las Indias, porque así se conseguiría la difusión de la Cristiandad.*

¿De dónde, por otra parte, fuera de esta causa superior, habría de haber alcanzado Colón aquella fortaleza y perseverancia de espíritu que se vió obligado á desplegar hasta llevar á cabo su empresa? Los pareceres contrarios de los sabios, las repulsas de los príncipes, las tempestades del Oceano, las incesantes vigiliás, en las que más de una vez temporalmente perdió la vista, todo se volvía contra él. Añádanse luego los fieros encuentros con los salvajes, las infidelidades de los amigos y compañeros, las conspiraciones villanas, la perfidia de los envidiosos, las calumnias de los malévolos y las inmerecidas prisiones.

Forzosamente tenía que haber sucumbido Colón bajo el peso de tantos y tan grandes trabajos reunidos, si no le hubiese sostenido siempre la idea de lo nobilísimo de su empeño, al cabo del cual veía grandemente glorificado el nombre cristiano y multitud infinita de almas salvadas. Y esto aparece con gran luz y claridad en la historia. Porque Colón descubrió América en los momentos en que una gran tormenta se cernía sobre la Iglesia; y en cuanto pueden conocerse los designios de la Divina Providencia por el curso que siguen los sucesos, parece especial disposición de Dios la de haber suscitado á este hombre, honra y prez de la Liguria, para que con la empresa que llevó á cabo compensase en gran parte los daños que el Catolicismo iba á sufrir en Europa.

Atraer los indios al Cristianismo era misión y deber propio de la Iglesia; y este deber que principió á cumplir desde los primeros momentos del descubrimiento del Nuevo Mundo, lo siguió y lo sigue siempre cumpliendo con constante caridad y celo, habiendo llevado su acción en



estos últimos años hasta los confines de la Patagonia, Colón fué, sin embargo, quien, movido por el deseo de preparar y facilitar el camino á la difusión del Evangelio, y fija siempre la mente en tal propósito, dispuso todo á este fin, no haciendo cosa que no fuese conforme con la Religión y no estuviese inspirada por la piedad. Recordamos hechos de todos conocidos, pero que sirven grandemente para descubrir los designios del insigne varón que celebramos.

Obligado á abandonar, sin haber logrado nada, á Portugal y á Génova, y habiendo regresado de nuevo á España, maduró al amparo de un convento su alta empresa, viéndose animado en sus propósitos por un Franciscano, sabedor de sus proyectos. Transcurridos siete años y llegado el momento de la partida, procura solícito fortalecer su ánimo con los divinos auxilios; suplica á la Reina del Cielo que proteja su intento y lo conduzca á feliz término; y no se dan sus naves á la vela sin invocar antes el nombre de la Santísima Trinidad. Ya en alta mar, en medio del embravecimiento de las olas y de las imprecaciones de los marineros, conserva inalterable su serenidad y su firmeza, poniendo en Dios toda su confianza. Revelan sus propósitos los nombres que da á las islas que descubre; y al desembarcar en cada una, después de haber adorado á Dios, toma posesión de ella en nombre de Jesucristó.

A donde quiera que aborda, su primer cuidado es clavar la cruz en la orilla; el sacratísimo nombre del Redentor, tantas veces ensalzado y celebrado al compás del rumor de las olas, suena el primero en su boca en las islas que va descubriendo; y, á la usanza española, el primer edificio que levanta es una iglesia, y el principio de los regocijos populares una función religiosa.

Hé aquí, pues, lo que se propuso y llevó á cabo Colón



al aventurarse á explorar por mares y tierras remotos esas regiones hasta entonces incultas y desconocidas, y que después en civilización, en influencia y en prosperidad llegaron en poco tiempo á la altura á que hoy las vemos. La grandeza del hecho y la importancia y diversidad de las beneficiosas consecuencias que produjo, nos imponen el deber de hacer grata memoria de aquel hombre y darle toda muestra de honor; pero lo que ante todo debemos es reconocer y venerar de una manera especial los altos designios de la Providencia Divina, á la que sirvió de instrumento consciente y fiel el insigne descubridor del Nuevo Mundo.

Por esto, para que las fiestas que en memoria de Colón se hagan, sean dignas y de acuerdo con la verdad, al esplendor de las pompas civiles, debe acompañar la santidad de la Religión. Y aun como en otro tiempo, al primer anuncio del descubrimiento del otro mundo se rindieran á Dios, providentísimo é inmortal, públicas acciones de gracias, siendo el primero en dar el ejemplo el Soberano Pontífice, así ahora, al renovarse la memoria de aquel faustísimo suceso, creemos deber hacer lo mismo.

Ordenamos, pues, que en el día 12 de Octubre próximo, ó en el domingo siguiente, si así lo dispusiera el Ordinario del lugar respectivo, se cante después del Oficio del día la Misa solemne de la Santísima Trinidad en todas las iglesias catedrales y colegiadas de España, de Italia y de ambas Américas. Respecto de las demás naciones, confiamos que en todas ellas se hará lo propio por la intervención del Obispo respectivo, pues justo es que, lo que redundó en beneficio de todos, por todos sea piadosa y gratamente celebrado.

Entre tanto, como prueba de los divinos auxilios y como testimonio de nuestra paternal benevolencia, á vosotros



Venerables Hermanos, á vuestro clero y al pueblo, damos amorosamente en el Señor nuestra Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 16 de Julio de 1892, de nuestro Pontificado el año décimo quinto.

LEON, PAPA XIII.

## COLON Y LOS DOMINICOS

**P**UES que todos en el presente año hablan del almirante que descubrió un mundo, y entre todos deben hablar los españoles, que con ese mundo fueron por Dios y por el almirante agraciados, hablemos también algo nosotros, que mucho hay que hablar, aunque no más fuera que para condenar á los viles detractores del hombre más glorioso de la historia humana, y entre esos calumniadores al novel orador del Ateneo que hace unos meses le trató de inmoral, atrabiliario y cruel. Si los que tal oyeron no levantaron el grito para protestar indignados, es que no serían españoles, ó si lo eran, poco envidiable es su patriotismo, ó escaso su conocimiento de la historia, ó demasiado negra la retina de sus ojos, ó completo su desconocimiento de la manera de obrar de la divina Providencia, ó mal disimulado su disgusto por los triunfos de la fe cristiana, y nulo en todo caso su celo de la verdad histórica.

Mucho hay que hablar además, y justísimo sería que todos los hombres hablaran, para que á Colón se le diera lo que suyo es y contra toda ley se le usurpó en los días de su amargura y abatimiento; es, á saber: que al Nuevo



Mundo se le quite el nombre del oscuro piloto Américo, y se le imponga el de su descubridor, ya que él, llevado de su fe y de su españolismo, hizo el sacrificio de su nombre por imponer á las islas descubiertas nombres divinos y españoles. Este sería el más glorioso monumento que á su memoria podría y debería hoy levantarse, y el resultado práctico é imperecedero de todas las pompas con que hoy las naciones celebran la redención de un mundo desconocido.

Muy justo sería también defender al gran marino contra los que, sin poner quizá la mano sobre su conciencia, le acusan de desordenados amores, y arrojan á su pura frente el baldón de padre ilegítimo, ignorantes de su segundo matrimonio y de la consiguiente legitimidad de sus hijos; como sería conveniente y fácil obra razonar los motivos que le movieron á emplear severidad é imponer la pena de muerte á los sediciosos, escandalosos, ladrones y bandidos, que, fiados de la distancia de España y de la debilidad de los indígenas, volvían contra España y contra Dios la dominación de las islas descubiertas. A esos que tal pregonan crueldades consumadas por el almirante, quisiéramos verlos, en sus casas ó haciendas, acometidos por hombres de tales intenciones y entrañas, para oírlos si entonces ofrecían clemencia ó demandaban justicia y patíbulo.

Gracias á Dios, contra los difamadores de la conducta moral de Colón, tenemos el hermosísimo retrato que de su fe y costumbres cristianas nos dejó hecho el P. Las Casas en el capítulo 2.º, libro I de su *Historia de Indias*; y contra las bastardas intenciones que los malignos le atribuyen, está la reciente carta del Sumo Pontífice, suficiente para cerrar los labios de quien tenga conciencia de honrado.

No es mi ánimo hacer hoy la apología del prohijado



español como varon de fe y de ejemplarísimas virtudes, tarea fácil y gustosa para todo español y cristiano; sino tan sólo llamar la atención de muchos sobre un punto que desconocen ó no quieren hacerlo notar en la historia, y alabanzas del almirante y de sus principales cooperadores.

Es una verdad, ya hecha vulgar, que los Franciscanos de la Rábida, entre ellos el P. Juan Pérez, no de Marchena, como dicen los adocenados articulistas, acogieron, sustentaron, alentaron y recomendaron á Colón ante la reina Isabel, mereciendo por esto las bendiciones de todos los siglos.

En premio de esta ayuda algo más debió hacer España con ellos de lo que hizo y hace en las fiestas centenarias de Huelva, Palos y la Rábida. Un Obispo franciscano era el llamado á celebrar la fiesta religiosa, asistido de sus hermanos, y uno de éstos el que debía predicar en tales solemnidades, como también pedían la justicia y el decoro que el convento de la Rábida les fuera devuelto sin condición alguna incompatible con la vida regular y canónica de su orden.

Pero Dios, que unió á los dos grandes Patriarcas Francisco y Domingo para que fueran dos pilares de la Iglesia y de la sociedad, dispuso que á los franciscanos de la Rábida se unieran en proteger á Colón los dominicos de Salamanca, coronando éstos la obra inaugurada por aquéllos, y pudiendo decirse que Colón descubrió el mundo entre cuatro frailes; dos que le abren paso, los PP. Juan Pérez y Antonio de Marchena, y dos que le imprimen movimiento, los PP. Deza y Diego Magdaleno.

Sin los franciscanos de la Rábida, Colón hubiera sido un desventurado nómada, muerto quizá de hambre en un páramo; y sin los dominicos de Salamanca, la reina no se hubiera decidido á creerle y protegerle, y Colón, como él



mismo dice, hubiera tomado el camino de Francia. La influencia de los dominicos fué tanto más valiosa cuanto que fué decisiva.

El Sr. Obispo martirizado de Madrid decía un día en el Senado:

«El señor Marqués de Molins, al hablar de las glorias que había proporcionado nuestra Religión sacrosanta á la nación española, mencionaba lo que se llaman conferencias de Colón en Salamanca, y decía que quienes habían apoyado á Colón eran los frailes dominicos. Esto es cierto. Precisamente la gloria de Salamanca y de los frailes de Santo Domingo, la gloria de aquella casa donde no se puede entrar sin derramar lágrimas.... consiste en que uno de sus hijos, el Padre Deza, fuera el que entendiera á Colón.

En esta casa encontró acogida benévola el descubridor del Nuevo Mundo..... Así se verificó que en el convento de Santo Domingo fuese donde por *primera vez* tuvieron valor *científico* las presunciones de Colón, y el mismo maestro Deza le acompañó á la corte, donde recibieron valor *político*, y donde la reina *resolvió* la expedición».

Y en otra ocasión decía el mismo sabio Prelado:

«Tienen un valor eminente los dominicos por lo que contribuyeron al descubrimiento del Nuevo Mundo, siendo los *primeros* que supieron dar valor científico á las presunciones de Colón».

El franciscano P. Coll, en su opúsculo *Colón y la Rábida*, dice lo siguiente:

«Aunque aquella docta asamblea (de Salamanca) opinó de un modo contrario, con todo, los Padres dominicos lo defendieron con vigor (á Colón), primero en el seno de aquella pléyade de sabios, y después en la corte; todo lo cual dió por resultado que la reina diera muy favorables esperanzas, viniendo poco después á admitirlo en su servicio».

El historiador D. Vicente Lafuente, en su curioso folleto *La sopa de los conventos*, escribe:

«El dominico Fray Diego Deza fué el *principal* apoyo de Colón al lado de la Reina, y á no ser por él, quizá no fuera Colón ni fuera España quienes descubrieran el Nuevo Mundo».



Para discutir su teoría y hacerla aprobar de la corte, determinó Colón ir á la Universidad de Salamanca... Halló allí gran amparo en el insigne convento de San Esteban, de PP. Dominicos. Casi todos los escritores más notables de aquella época y no pocos cronistas de Indias convienen acerca del *hecho indisputable* de que el descubrimiento del Nuevo Mundo se debió en gran parte á la influencia del Dominicano Deza.

En la *Historia universal* de Cesar Cantú, traducida al castellano, se dice:

«Le defendieron (á Colón) particularmente los dominicos, y Colón escribió que *SS. AA. poseían las Indias* gracias á Diego de Deza que sostuvo sus aseveraciones».

En un *Memorial* que los religiosos del dicho convento dirigieron al rey Felipe V le hacían saber que:

«Habiendo Cristobal Colón concebido el descubrimiento de las Indias, solicitó la protección de los potentados de Europa, la que no halló como deseaba, por que su patria, Génova, lo juzgaba sueño; el rey D. Juan II de Portugal le oyó con risa, y España lo juzgaba como fabulosa noticia, teniendo todos por invención y quimera que hubiese más mundo que el descubierto; acudió, no obstante, á los Reyes Católicos D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, los cuales, como prudentes, no quisieron determinar en un negocio tan árduo sin consulta de hombres doctos y de quien tuviesen la satisfacción más plena; y así le remitieron á este convento de San Esteban para que aquí examinasen sus designios y razones».

«Llegó Colón á San Esteban, año 1484 (1), y aquí encontró quien lo entendiese. Detúvose largo tiempo aposentado en el convento (2) asistiéndole éste en todo lo necesario para su persona y viajes á la casa de Valcuevo (3), para hacer observaciones en ella; teniéndose

(1) Año 1485, se cree hoy.

(2) Un año próximamente.

(3) Casa de recreo que tenían los Religiosos á la distancia de legua y media de Salamanca, camino de Ledesma. Al lado de esta casa levantó la Universidad salmantina un monumento á Colón. En el li-



al mismo tiempo largas y frecuentes conferencias entre los maestros de Matemáticas. Y convenido y aclarado que Colón tenía razón en su propuesta, *por medio de los Religiosos fueron convencidos los hombres más celebrados que tenía España en aquel tiempo*. Y así se tomó por obra el informar á los Reyes, ayudando á Colón los Religiosos en todas sus operaciones.

»Fué con él á la corte el Prelado del convento (1), con otros religiosos y maestros, y éstos le introdujeron con los reyes, informando con él á sus majestades, y certificándoles de lo seguro é importante del asunto; pero quien más se singularizó fué el doctísimo maestro Fr. Diego de Deza... Este maestro habló á los reyes *diversas veces*, acompañando siempre á Colón hasta que pasó al Nuevo Mundo».

Son tan expresivas estas pocas palabras y arrojan tanta luz sobre los triunfos de Colón en Salamanca, que merecen ser repetidas para bien grabarlas en la memoria. Los reyes, no satisfechos con la recomendación del guardián de la Rábida á favor del marino, le remiten á los sabios de Salamanca para que éstos le oigan é informen. Los dominicos le hospedan en su casa cerca de un año, le entienden y le atienden. Convencidos de sus razones y persuadidos de la certeza del descubrimiento, atraen y persuaden á los demás sabios de aquella Universidad y á los más grandes personajes del reino para que apoyen el proyecto. Proveen á Colón de lo necesario para sus viajes, le acompañan á la corte y le recomiendan y demuestran ante los reyes la existencia del mundo desconocido, y la posibilidad de encontrarlo (2).

Desde entonces, resueltos los reyes á secundar los pla-

---

bro de gastos de la Comunidad, conservado hasta nuestros días, se veían las partidas de lo que Colón y Deza llevaban para consumir durante su estancia en Valcuevo.

(1) Que lo era el P. Diego Magdaleno.

(2) En las crónicas dominicanas se habla de un convento de la Orden, fundado en el Norte de América á fines del siglo XIV, ochenta y ocho años antes del descubrimiento.



nes del marino, le admiten á su servicio mientras dura la guerra de Granada, y le dan sueldo con que viva decorosamente.

«Fué providencia especial de Dios—dice Remesal—que del convento de San Esteban *saliese la resolución* de descubrir las Indias, contra el juicio de todos los príncipes de Europa, que tenían el asunto por quimera..., y solamente en el convento de San Esteban halló (Colón) quien le atendiese, porque halló quien le entendiese».

Sobre todos los aducidos testimonios está el del mismo Colón, que en carta del 21 de Noviembre de 1504, decía:

«El señor Obispo de Palencia (Fray Diego Deza), siempre, desde que yo vine á Castilla, me ha favorecido y deseado mi honra».

Estas palabras explican las siguientes del mismo marino, el cual, recibiendo las burlas que todos habían hecho de él, añade:

«Salvo dos frailes, que siempre fueron constantes».

Y por fin, para que el mundo entero supiera á quién principalmente se debía el descubrimiento del Nuevo Mundo, escribía en carta del 21 de Diciembre de 1504:

«El señor Obispo de Palencia fué causa de que SS. AA. descubriesen las Indias y que yo quedase en Castilla, que ya estaba yo de camino para fuera».

Como si dijera: mucho se debe á los Padres de la Rábida, á Cabrero, á Santangel, al Cardenal Mendoza... pero la causa de que los reyes tuviesen las Indias, no fué otro que Fray Diego de Deza. El testimonio no admite réplica, y la confesión no puede ser más soberana.

Palabras semejantes de gratitud y admiración al gran fraile dominico, las repite á menudo Colón en sus cartas, como puede verse en la colección que de ellas hizo Navarrete:

«Y mucho antes que lo viesse yo escrito de la letra de Colón,—dice



tes y altos dignatarios. D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel habían de permanecer algunos meses en Salamanca.

En medio de atronadores vivas que repercutían en los sólidos sillares de los edificios y confundiéndose las voces del pueblo con las armoniosas notas de las bandas, el atronador redoble de los tambores y el majestuoso tañer de las campanas, que con sus metálicas lenguas saludaban á los monarcas españoles, partió la comitiva hacia la bizantina Catedral, recorriendo las principales calles de la ciudad, sembradas de flores y cubiertas de vistosos arcos, ricos tapices y elegantes colgaduras.

En el fuerte y artístico recinto de la Catedral, bajo la airosa cúpula que recuerda á la antigua Bizancio, resonaron los acordes del órgano derramando torrentes de armonía y multitud de voces entonaron el *Te Deum*.

Los Reyes, la nobleza, el clero y el pueblo cayeron de hinojos ante la majestad de Dios.

Terminada la religiosa ceremonia, los monarcas se retiraron á descansar.

## II

Al día siguiente, cuando las primeras tintas de la aurora principiaban á dibujarse en el horizonte, y en las iglesias de la ciudad convidaba á los madrugadores el sonido monótono de la campana al santo sacrificio de la misa, un hombre de edad madura y nobles facciones, tez morena y grave continente, mirada expresiva y frente espaciosa, en la que parecía brillar el penetrante rayo del genio, entró en el templo conventual de Santo Domingo y se puso á orar en actitud devota.

Una, dos y hasta tres misas oyó con edificante piedad. Después se levantó dirigiéndose á la portería del conven-



to, agita suavemente la campanilla y habla con el lego que abre la puerta. Al poco rato ésta se cierra y nuestro hombre, atravesando solitarios claustros, es conducido á la celda de un fraile.

Allí, entre cuatro pobres paredes, en asiento aún más pobre, rodeado de libros confusamente colocados sobre desnuda mesa de pino, se destaca la venerable figura del religioso, envuelta en limpísimo hábito blanco, que le daba el aspecto de marmórea estatua. Su cabeza se levantó dulcemente á la llegada del desconocido, y entonces pudo descubrirse un rostro lleno de vida y de indecible expresión de bondad, que alentó al recién llegado á acercarse á él, besándole reverentemente la mano.

Aquellos dos hombres debieron entenderse con una sola mirada.

—Acabo de llegar á Salamanca, principió diciendo nuestro hombre. Dos años hace que sigo á la Corte. Nací en Génova, pero soy español: mi alma es de España. Aquí, en mi mente, se agita pertinaz una idea, y nadie me comprende. Los sabios me tratan de loco; los magnates y nobles de infame aventurero. Yo quiero dar á Europa un nuevo mundo; yo sé que está allí tras de los mares; yo oigo dentro de mi alma una voz poderosa que me impele, me arrastra... y... ¡ay! mis esperanzas se estrellan en la dura roca de la indiferencia... Busco un alma que me comprenda, que me escuche...

El religioso lanzó una mirada penetrante sobre el rostro de aquel hombre. En sus facciones debió leer algo extraordinario..... Tal efecto causaron en su alma las palabras que acababa de escuchar, que abrazando con entusiasmo al desconocido, le dijo:

—Desde hoy seré vuestro amigo del alma y ayudaré



con afán vuestra empresa. Este pobre convento os servirá de albergue todo el tiempo que gustáreis.

Aquel religioso era el P. Fr. Diego de Deza. El desconocido Cristóbal Colón.

Z.

---

## GENIO Y APOSTOL

---

### A COLÓN EN SU CUARTO CENTENARIO

*Espiritu sublime y misterioso,*  
Sér grande y poderoso,  
ven á inspirarme un armonioso canto;  
como tu Sér magnífico y potente,  
como tu Sér ardiente,  
como tu Sér esplendoroso y santo.

Que cantar de Colón la inmensa gloria,  
si no cabe en la historia,  
es empresa á mi plectro temeraria:  
para cantar á un genio tan profundo  
no hay notas en el mundo  
si no sube hasta el cielo la plegaria.

Era una hermosa espléndida mañana:  
tintas de azul y grana  
se ven en el magnífico horizonte;  
el mar está tranquilo y sosegado,  
el suelo engalanado,  
y coronado por el sol el monte.

Pequeña nave surca el mar Tirreno;  
por el líquido seno  
se la ve navegar con ardimiento:  
en ella va, preñado de ilusiones,  
á extranjeras naciones  
á exponer su grandioso pensamiento



Colón, que lleva en su cerebro un mundo;  
Colón, genio profundo  
que hará temblar de admiración la Tierra.  
Allí va ese hombre, espíritu de acero,  
más sublime que Homero,  
más potente que el genio de la guerra.

Llega á puerto feliz; y como el ave  
que salta de la nave  
á buscar su salud en suelo extraño,  
él salta, y á otro rey que extraño sea,  
va á exponerle su idea,  
bebiendo ¡ay triste! un nuevo desengaño.

Y aunque una y otra corte le rechaza,  
él al dolor se abraza,  
y sufre y llora sin dejar su empeño.  
Y si alguna le llama visionario,  
él, genio extraordinario,  
sabe bien que su idea no es un sueño.

Porque es el cielo quien sus pasos guía:  
como al viajero el día  
á él le alumbra la fe sublime y santa;  
la fe le presta esa constancia ruda,  
y tras la fe se escuda  
si el desaliento su ánimo quebranta.

Esa fe que su espíritu enardece,  
él trasportar se ofrece  
á nuevos climas y remotos mares,  
y ese fué el fin de su gigante empresa,  
y esa idea, sólo esa,  
por la que ahogó las penas á millares.

En vano la impiedad que hoy se desata  
cual récia catarata  
quiere empañar del genovés el brillo,  
arrojando á puñados lodo inmundo  
sobre el genio fecundo,  
que fué, como su fe, puro y sencillo.

La historia se alzará con voz de trueno,



da colina y cercado de viñedos, desde donde se descubren à lo lejos inmensos arenales y vastas soledades de agua que el viento agita en las llanuras del Oceano, entre los ríos Odiel y Tinto, en la provincia de Huelva, hay un monasterio para testimonio de la Religión y de las glorias españolas, llamado Convento de Franciscanos de Santa María de la Rábida, que en la época que vamos à historiar era asilo de viajeros pobres.

En la primavera del año de 1486, à la una de la tarde, con un sol abrasador que calcinaba los tortuosos caminos de Andalucía, à través de campos sembrados de frondosas vides, camina, hacia el monasterio, un hombre, cuyo exterior acusaba gran miseria. Su elevada estatura, sus formas robustas y todo su continente majestuoso, estaba abrumado por la fatiga y presa su alma de la más profunda tristeza.

Lleva de la mano à un niño como de ocho à diez años de edad. Sus facciones juveniles estaban marchitas por las privaciones y fatigas de la vida. Lloraba amargamente, tropezando à cada paso, porque sus piernas, debilitadas por tanto y tan largo viajar, se niegan à moverse. Tenía tal semejanza con el primer personaje que acabamos de describir, que era imposible no reconocer en él al hijo ó al hermano. Estos dos interesantes viajeros eran Cristóbal Colón (1) y su hijo Diego.

—Hace dos días que no hemos comido, y siento que estos desmayos no han de permitirme llegar al término de nuestra jornada.

¡No puedo andar más, padre mío, no puedo más!

---

(1) Créese que el padre de Cristóbal Colón ejercía el oficio de tejedor ó cardador de lanas. Su apellido era Colombo, que se latinizó en Columbus. Para distinguirse de otros, se alteró en Colonus y cuando vino à España, se abrevió en Colón.



—Bien lo sé, hijo de mi alma, le dijo el padre. Nuestra pobreza es tal..... haz un esfuerzo, hijo mío, que allá arriba, dentro de poco, llegaremos á la casa del Señor que divisamos, y han de saciar nuestra hambre y calmar la sed que nos devora.

Y siguieron andando lentamente, el más viejo encorvado más por el cansancio que por los años, y el pequeño sin contener las lágrimas. Después de un cuarto de hora ambos peregrinos se hallaban á la puerta del Convento de la Rábida, inmóvil el más anciano como la estatua del dolor contemplándose en sus propios sufrimientos. Por fin, vió una cuerda que se movía agitada por el aire. Era la cuerda de una campana. Tiró de ella el más anciano, y el sonoro bronce avisó al lego que servía de portero.

—*Ave María!*—dijo el caminante, descubriéndose piadosamente la cabeza y dejando ver, junto á las sienes, esos prematuros cabellos blancos, indicio seguro de agudos sufrimientos.

—*Gratia plena*—respondió el lego. ¿Qué se le ofrece, hermano?

—Pedir por el amor de Dios un pedazo de pan y un jarro de agua para este niño que aquí véis.

—Pasad adelante, hermano, que estáis en la casa del Señor, que no ha de faltar, ni á vos ni á vuestro hijo, pan y agua para desterrar el abatimiento en que os veo.

Comieron y bebieron los viandantes en aquellos claustros, hoy tan solitarios. Por acaso los vió el Guardián del convento Fr. Juan Pérez, antiguo confesor de Isabel la Católica, que entonces ocupaba el trono de España con Fernando V. Hombre de santidad y de ciencia, modesto como todo verdadero sabio, había preferido el retiro del claustro á los honores, el bullicio y las intrigas de la cor-



te. Fr. Juan habló detenidamente con el forastero, y allí, como dice un historiador, la *Religión comprendió al genio*, que errante andaba buscando á quien *regalar un nuevo mundo*. Desde aquel día la estrella de Colón, eclipsada hasta entonces, brilló con vivos resplandores, logrando descubrir el Nuevo Mundo al amanecer del día 12 de Octubre del año de 1492, con la ayuda de Dios, la de unos frailes, hoy tan motejados, el Guardián de la Rábida y Fr. Diego de Deza, conventual del de San Esteban de Salamanca, y el auxilio y la virtud de una mujer, cuya grandeza de alma no ha tenido igual, cuyo nombre es una de las primeras glorias de nuestra patria, y aun puede decirse con orgullo de la humanidad. Colón regaló á España un continente en donde, dice un cronista, las arenas eran de oro, los riscos de coral, y de perlas el lecho de las olas.

No lo olviden esos humanitarios de doublé, flántropos de nuevo cuño, que por estas obras de caridad cristiana de dar de comer al hambriento, de beber al sediento y posada al peregrino, Colón descubrió un mundo desconocido, sembrando después en él la Iglesia la semilla del Evangelio. Y el gran almirante, el ilustre marino y sus descendientes, los Excmos. Sres. Duques de Veragua, ennoblecieron su linaje y pudieron añadir al escudo de armas de sus familias los de Castilla y de Leon con este mote:

Por Castilla y por Leon  
nuevo mundo halló Colón.

JOSE MARÍA IGLESIAS, *Presbítero*.

Navarredonda.





## DESCENDENCIA DE COLÓN

**D**ESDE Cristóbal Colón, desde aquel humilde genovés, que cogido á la mano de su hijo Diego, niño de corta edad á la sazón, llamaba para pedir un poco de agua y un pedazo de pan, en 1486, á la puerta del convento de frailes Franciscanos conocido con el nombre de Santa María de la Rábida, sito media legua de *Palos de Moguer*; desde aquel bondadoso cual intrépido y entendido navegante hasta el actual descendiente suyo, D. Cristóbal Colón de Toledo de la Cerda y Gante, Duque de Veragua, ha recorrido su sangre, según indica la genealogía que sigue, la cual entresaca un apreciable escritor de una revista publicada en 1881. Son curiosos datos de actualidad.

I. D. Diego *Colón* y Melo.

Fué primogénito del descubridor, duque de Veragua y marqués de Jamaica.

II. D. Luis *Colón* y Toledo.

Este añadió á los anteriores títulos el de duque de la Vega de la isla Española en Santo Domingo, por gracia de Felipe II, en 1557, y el de Grandeza de España.

III. D. Alvaro de Portugal y *Colón*.

En éste se interrumpió la varonía.

IV. D. Nuño *Colón* de Portugal.

V. D. Alvaro Jacinto *Colón* de Portugal.

Fué del hábito de Calatrava.

VI. D. Pedro Nuño *Colón* de Portugal y Castro.

Este unió á los títulos de la Casa de Colón, los de los condes de Gelves, marqueses de Villanizar; fué capitán general de la Armada y presidente de la Real Audiencia